

ÁNGEL ESTRADA (HIJO)

DISCURSO

PRONUNCIADO

EN LA FIESTA PATRIÓTICA

CELEBRADA

EN EL TEATRO DE LA ÓPERA

POR

LA UNION UNIVERSITARIA

EL

22 DE MAYO DE 1892



BUENOS AIRES

Imprenta de Martín Eiedma, Bolivar 535

1892

SEÑORAS:

Señores:

El estudiante dormía. Apoyada la frente sobre las manos, descansaban sus codos en un libro que muestra la pasada historia, como un mundo que voltea sin encajar en su órbita, arrastrando alegrías y amarguras, entre lágrimas y cantos. En la revuelta y vertiginosa confusión del sueño, sintió rugir las muchedumbres delante del cabil-do cuando la revolución naufragaba; y aquel rugido como un himno vibrante, retemplaba las fibras del patriota; era inspiración y fuego para el alma; rugía como el trueno; fulguraba con la ira popular como el primer relámpago de la democracia, y como el trueno y el relámpago del espacio, anunciaba la tormenta, que si hiere con el rayo la alta cumbre, vierte en las llanuras la lluvia fecundante.

Las sombras que envolvían las mentes y los hechos, se disipan; los patriotas escuchan aquella voz, y apoyados en su estremecimiento se levantan y salvan la revolución; el pueblo la saluda con himno delirante y sobre tanto júbilo y entu-

siasmo vió el estudiante agitarse una blanca visión de ropajes ondulantes y luminosos. Sus cabellos refulgentes formábanle sobre los hombros un velo de oro, y blandía una palma de hojas más verdes que brillantes esmeraldas; acrecía los fulgores de una aureola coronada por gayá estrella cuando el pueblo gritaba, cuando French y Beruti lanzaban voces elocuentes; sentía desmayos cuando los patriotas vacilaban; y al fin, entre los cantos de júbilo y los desbordes de entusiasmo, se alzó y perdió en los aires, envolviendo á aquella generación de nuestros padres, en la luz preciosa de una mirada que era vida y amor. Aún pudo el estudiante gritarle ¿quién eres? y creyó percibir de sus lábios una voz de acento célico, que entre el estruendo del triunfo, murmuró en sus oídos—soy el ideal.

El ideal, señores: ¿no le habeis visto confortar las almas desfallecidas, no le habeis visto libre como un angel alado en los aires, con su atavío más brillante sobre el cerebro, y sus ojos radiantes de luz, porque triunfaba el pueblo? Cambiad la escena, dejad á los patriotas confundidos en un abrazo; ha pasado tan solo un año: muchos de aquellos están en asamblea pero ya no hay cantos en el alma, ni abrazos fraternales: la discordia ha brotado y hasta el ódio brama; hay hijos de todos los pueblos y todos se complotan contra el pueblo; ¿creeis que brillará en los aires la blanca visión de los cendales luminosos? no—el héroe

de Mayo es vencido, la visión se oculta, su estrella palidece, y con las últimas esmeraldas de su palma ha tejido una corona de mártir, para el que marcha con una comisión proscrito, para el numen de Mayo, para Mariano Moreno.

Nuestros padres se equivocaron. De qué vale la fuerza ó la hermosura en campos sin sávia, estériles á su contacto? Hermosa será la aurora en los cielos por su luz radiante; pero es mucho más hermosa cuando se abren en la tierra á sus caricias, flores perfumadas en las plantas, fecundas simientes en los surcos. Aurora es la libertad! No la dejéis morir estéril en los campos del alma, hombres que dirigis partidos y soñais con el porvenir grandioso de la colonia.... Quereis las semillas? recorred la gaceta de Buenos Aires, tomadlas de allí, son ideas, y arrojadlas en los senos de los pueblos, y vereis brotar al contacto de esa aurora, que alzó la democracia: las flores que son ornato, los frutos que son sustento, todo lo que es trabajo y gloria, pompa y hermosura.

Pero los políticos se hacen sordos á la voz popular; no quieren dar nueva vida á las provincias; no ven que no existe senda, sinó que hay que practicarla; y piensan en monarquias, verdaderos sueños mitológicos, cuando una sociedad como la nuestra, ha hecho vibrar el alma democrática con las brillanteces de su sol y el poder del viento de las pampas.

El apóstol de la democracia es vencido. Vedle

marchar á consumir sus energías en las vastas soledades del mar; puede inclinarse su alma sobre las aguas, y al devorar sus amarguras saludar como hermanas á las ondas saladas; y al fin, soñando con el hogar y con la patria, sin tener más monte Nebo que su génio inspirado, para mirar como Moisés las llanuras fértiles y las ciudades opulentas, muere como aquél sin poder entrar á la tierra prometida. ¡Los que sentís desmayar el corazón cuando truena la metralla que desgarrá las carnes del hermano: los que veís de tinieblas velarse el sol cuando alumbrá los campos de la guerra fratricida, acompañad con vuestro lamento el lamento de las olas que le dan tumba, la sombra que envuelve su rígida faz vá á extenderse sobre la patria historia, cubriéndola de luto!

Horrible peregrinaje será el del pueblo argentino; ya brillará para él un día radiante, y tendrá su nube blanca, como se hundirá en la tiniebla de la noche, marchando al resplandor de una columna de fuego como de sangre hermana que humea.... Pero ah! no juzgueis severamente el error; pudieron sus apóstoles no ver recto, pero sentían hondo; dadme el alma más depravada con un átomo de amor, y en él se quebrará un rayo de luz moral, que produzca como la ínfima gota de agua los colores del iris.... sí, ¡el amor es sublime, levanta las almas y salva los pueblos, y hermoso santuario tuvo en aquellas grandes

almas, colocadas por él en el altar de la patria, donde las generaciones derraman mirra sobre la historia y queman incienso á sus grandes esperanzas!

Terribles fueron las batallas: y los caudillos penetraron á la ciudad gloriosa, que se estremeció, con un sentimiento parecido al que estremecía á la nobleza de Francia al rozarse con la plebe turbulenta en las calles de Paris. Terribles fueron las batallas: de un lado combatía la naturaleza con todo su empuje vigoroso, proclamando su libertad con la lanza; del otro el político pensante que en vez de encauzar el río fecundo, le ponía trabas, lo hacía saltar, arrasando campos, sembrando ruinas y terrores. Y en medio del ardor de la lucha, una voz parecía inspirar á los hermanos el vínculo de unidad, como si fuera un hálito de la Providencia: de esa Providencia que agiganta la historia y cuya voz resuena en sus entrañas en los desquiciamientos, como el trueno de las alturas repercute en las cavernas; y cuando el hombre piensa en su alto origen, y ordena y crea como el canto de aquellos ángeles de Milton, que arrobaban el sueño del hombre, en las noches del paraíso.

Y en vano será que períodos plácidos vengan y grandes espíritus derramen su luz sobre las iniciativas hermosas.

El mónstruo volverá conmoviendo con sus bramidos campos y ciudades, y habrá héroes y ha-

brá mártires, y como corona execrable de tantos crímenes y errores se alzarà omnipotente un tirano sombrío. Rosas doblega la sociedad, la veja, la ensangrienta, y arranca del alma de la historia hasta el último átomo de piedad para el tirano, como absorben el dolor y el espanto la última lágrima en los ojos de la víctima.

Sobre los campos de Caceros luce una aurora, y el sol de la libertad con fulgores de justicia, prestará vigor á la constitución nacional. Alcemos á su alrededor en estos dias de gloria, el himno de la patria vibrante de las almas; ella es compendio de las grandezas y hermosuras de la democracia; ella es motor de todas las fuerzas vivas del progreso; ella es amorosa hasta llamar al extranjero, ofreciéndole un porvenir tan risueño como su cielo, tan opulento como sus tierras; ¡amor, señores, que solo se paga, en la paz con el sudor del trabajo, y en la guerra con la sangre del sacrificio!

Haciendo brillar la luz del amor fraternal, dejemos en las sombras hechos posteriores y, para amenguar las tristezas de las guerras fratricidas, tendamos la vista hácia los campos bendecidos por el ángel fulgente de las batallas.

Los Andes parecen encorvarse al paso marcial de las legiones; hay algo de fantástico en aquella ascensión de los guerreros saludados al pasar por el conuento imponente de las selvas y los vientos. Abrid poetas el alma á la grandiosa inspiración

de la epopeya, acariciada entre los riscos por los écos de los abismos estremecidos y la voz atronadora de los torrentes despeñados. En las cumbres de los Alpes agigantado por el tiempo, palidece Aníbal, su gloria brilla ante las mentes, mientras vá con San Martín y sus legiones latiendo nuestro corazón en cada marcha, à compás del batir de los tambores. Y cómo no seguirlos: bajo los rayos de aquel sol que infunde sus ardores á las almas y brilla como la gloria en las cumbres nevadas y en los aceros fulgentes: en aquellos crepúsculos melancólicos que les hablan de los pueblos oprimidos, y en aquellas auroras esplendentes que despiertan alborozadas, como el fulgor de sus propias esperanzas. Y cómo ¿no vais, ¡oh! guerreros muertos, prestando aliento à los hermanos; como otra legión inmortal invisible en los espacios? ¿Y no resucitais ¡oh! grandes de la historia! para cantar al génio de la guerra? Mi lábio calla al contemplarle, como la potente inspiración de la libertad, salvando montes, para engendrar mundos con estupendo aliento y magnificarlos con infinito amor. Pero bajad de la cumbre y contemplad al soldado: al que salva la independencia con Cabral; al que hace brotar de la muerte con Gomez un nombre oscuro como inmortal; al que glorifica con Faluchó á la bandera de su amor; ó al que ya sucumbe en fin, en la marcha olvidado en una cuchilla, llevándose el secreto de mil sacrificios, sin tener más llanto que

el rocío del cielo, más mortaja que la sombra de la noche, ni más salmodia que el bramar del viento.

Y deduzcamos desde ya, señores, uno de los caracteres grandiosos de la revolución, que en vez de encerrarse en sus términos presta sus fuerzas á todo un mundo, y ved su fortaleza que la mantiene enhiesta; enhiesta sobre escombros y desastres como una sibila antigua; la faz inspirada, los ojos llameantes, señalando el porvenir y prestando á la libertad desmayada, la sangre de su vida y el númen de su mente.

Y todo esto, con cuánto afan y cuánta amargura, con cuánto valor y abnegación de nuestros padres, y por tanto, cuánta responsabilidad para recibir la herencia, responsabilidad que crece cuando somos, señores, la juventud universitaria. ¡Los que buscando el misterio de la vida habeis grabado en vuestros corazones, como en un escudo, las palabras abnegación y caridad; los que avivareis las fibras de la riqueza, tendiendo las vías que llevan la locomotora á despertar el amor al progreso, como despierta con sus silbos los écos de las montañas: los que decís que la palabra inflamada por la justicia y la verdad es soberana del mundo ¡oh vosotros! pensad en la deuda con nuestros padres, en la visión del sueño del estudiante; no robeis la luz de sus ojos, no hagais palidecer la estrella de su frente!

Amemos la libertad. Ella es sello de grandeza, como que es alma del alma. Sueño insensato

querer extirparla del demócrata: ah! no quiteis al ruiseñor los ojos, será más armoniosa la cascada de sus trinos, al soñar con sus días de sol y con sus noches, cuando la luna plateaba selvas y montañas. Cultivemos su flor por el estudio, forjémonos viriles caracteres, y no habrá lluvia copiosa que la arrastre, ni ráfaga ardiente que la marchite.

Persigamos la justicia á la luz de la verdad. En sus lozanos campos toda flor tiene color y aroma, todo germen vida exuberante, y todo resplandor auroras. No la compareis en su brillo al sol que alumbrá los mundos que no sienten, ella es sol del mundo moral que vive y piensa. Acrecentemos por la educación, señores, la aspiración racional del alma hacia lo verdadero y lo justo, y convirtamos este sentimiento en espada fulgente de las grandes batallas democráticas.

Sustente el alma al patriotismo, aliento viril de las sociedades; y no hablo del que estalla en extranjeras guerras, del que estalla instintivamente al golpe de la conmoción: nó! miradle sereno entre lampos de hermosura y fulgores de virtud: llamadle mejor civismo si quereis; aprendamos á estrujarnos el alma, sofocar sus pasiones, sacrificar la ambición por el deber; solo así amaremos como hermanos á la democracia, y quizá con entrañas de hijos á la dignidad nacional!

Y ¡ay! del cosmopolitismo excesivo que invade al país. Las costumbres son sávia de los pueblos:

su literatura, vida y fulgor, salmo en los triunfos, bálsamo en las amarguras. La patria que no se forja en las entrañas de ninguna legislación, vive y palpita en un rayo de sol; y así detalles que parecen nada, son resortes potentes de su vida. El caracter es fuerza molecular de las naciones; cuando lo pierden, si el vicio las invade, las demuele, y triste espectáculo el de un pueblo anémico, sucumbiendo entre los ruidos estruendosos de la civilización: oh! mejor mil veces que el torrente los arrastre y los sofoque! Hay algo de hermoso, algo de imponente, en la encina conmovida por el vendabal y derribada por el rayo, pero cuánta miseria en el árbol roído por el gusano, que pierde día á día las hojas y las flores, que lo hacían gala y orgullo de los prados. Fortifiquemos en la medida de nuestras fuerzas, las costumbres y la literatura, sintiendo con alma de argentinos, sin dejar que ráfaga glacial de excepcionalismo apague la lumbre de nuestras esperanzas.

Y no olvidemos que la poesía es fuente de fuerzas vivas. Despojad de ella á la mujer y perderá sus encantos, aquellos que le hacían contemplar al primer hombre, más brillante el cielo, más alegres los pájaros, un nuevo firmamento en los espejos del lago; y entonces los hogares pierden su perfume, pierden su fuerza y no halláreis sociedades robustas donde no haya hogares fuertes; porque la acción del padre se concierta con la del

maestro, y el padre con sus ejemplos y el maestro con sus lecciones, forman el alma de la juventud, como las plantas con sus flores y las flores con sus aromas el ambiente de la primavera.

Tenemos fraternidad. He aquí á las dos universidades de la República confundidas en sus hijos por un mismo sentimiento, acordes en la emoción, con una sola alma y una misma voz. Levantemos, señores, sobre nuestro hermoso abrazo, todos nuestros ideales, como se levanta el sol para esparcir sus rayos, que son vida, luz y belleza. Solo así pagaremos la deuda con nuestros padres y podremos rodear á la constitución nacional.

¿Imitaremos por ventura al pueblo de Jerusalem, levantaremos himnos en torno de ella, publicaremos sus glorias, para mañana escarnecerla y crucificarla en las cumbres de un Calvario? Crucificarla he dicho, y dicho bien, porque la juventud es la eterna amada de las naciones.

Ya cantaba la lira de David: ni rocío ni lluvia caiga sobre vosotros, montes de Gelboe: ni haya en vosotros campos de primicias, porque allí fué abatido el escudo de los valientes: y á su frente, señores, marchaba la juventud.... escuchad el lamento de la Grecia que formula el orador; la juventud ha perecido en el campo del combate, el año ha perdido su primavera. ¿Y qué fuera, señores, si cayéramos, no ya en campos de batalla, si en charcas abominables, con la frente sumergida en la sombra como los condenados del

Dante? Y qué, si nuestra patria tuviera que beberse por vergüenza sus lágrimas de dolor? César combatía á la conspiración: ágil, potente, varonil, era el brioso guerrero de las Galias; de pronto se alza el puñal del amigo, desfallece su corazón y entrega el cuerpo á los asesinos.... ah! juventud! no levantes el puñal contra la patria, que se envolvería en su manto clamando desfallecida,—tú también, Bruto,—como el romano.

¿Y creéis por ventura, que manchando nuestros ideales, podríamos asistir sin vergüenza á aquella procecion esplenderosa, que el genio de Sarmiento sorprendía al fin de los siglos, marchando al sólio del Altísimo?

Juremos ante el altar de la patria donde el 25 de Mayo, hace 82 años, cantaban las multitudes, lloraban las madres de entusiasmo, se estremecían de júbilo nuestros padres, las vírgenes se coronaban de flores; juremos adorar y defender nuestros santos ideales, á las potentes para salvar los pantanos y posarse en las llanuras verdes y risueñas. Y vengán después los días, con la política, y sus mil abismos: no dejará de brillar sobre nuestras almas la blanca visión del estudiante: no palidecerá la estrella de su frente: habrá de sus lábios una palabra de aliento, cuando arranquemos de la espiga mies para el alma de nuestros hijos; en el último instante habrá de sus ojos un rayo de luz de amor, el último del sol que corona al labrador en la tarde de la postrer cose-

cha; y si el genial vaticinio se cumpliera, sentirá nuestra generación su átomo en la obra, cuando entre el rumor de los pueblos en marcha y el himno de la patria vibrante, bajo el sol de los eternos días, canten los poetas al pueblo argentino que bajo el sol del mundo, pensó en Dios, en la patria y en la gloria.



